



LICENCIATURA EN PSICOLOGÍA

MATERIA: CICLO DE VIDA HUMANA LPF208

ALUMNA: MARÍA JULIETA VILLARREAL CARRASCO

TEMA: LA VOLUNTAD DEL CREYENTE

FECHA: 1/ 04/ 2026

LUGAR: CD. JUAREZ CHIHUAHUA

EL ANÁLISIS DEL ALMA

LA VOLUNTAD DEL CREYENTE

A lo largo de la historia de la teología cristiana, el estudio del ser humano ha ocupado un lugar central en la reflexión doctrinal, particularmente en lo que respecta a su naturaleza, sus facultades internas y su relación con Dios. Desde los primeros padres de la iglesia hasta los teólogos contemporáneos, ha existido un interés constante por comprender cómo está constituido el hombre y de qué manera cada una de sus dimensiones influye en su vida espiritual. Dentro de este marco, el análisis del alma ha sido una herramienta fundamental para explicar la dinámica interna del ser humano, especialmente en lo referente a su capacidad de conocer, sentir y decidir.

En este contexto, el estudio de la voluntad adquiere una relevancia especial, ya que no solo se trata de una facultad más del alma, sino del elemento determinante en la conducta, en la orientación espiritual y aun en la práctica del ministerio del individuo. Mientras que la mente permite al hombre comprender la verdad y las emociones le permiten experimentar distintas realidades afectivas, la voluntad es la que finalmente decide el curso de acción. Es en ella donde se define si el conocimiento será obedecido o ignorado, si las emociones conducirán a una transformación real o si quedarán como experiencias pasajeras sin impacto duradero.

El documento titulado “El análisis del alma (3): La voluntad” constituye una reflexión profunda dentro del ámbito de la teología práctica, especialmente en lo que respecta a la comprensión del ser humano y su relación con Dios. A diferencia de muchos enfoques que se centran en aspectos visibles de la vida cristiana, como las conductas externas, las disciplinas espirituales o incluso las experiencias emocionales, este documento dirige la atención hacia el interior del hombre, específicamente hacia la voluntad como el centro determinante de su vida espiritual. Desde esta perspectiva, no es para nada exagerado afirmar que el autor propone una redefinición de la espiritualidad, trasladando el énfasis desde lo superficial hacia lo esencial hasta llegar a lo espiritual.

En este sentido, la voluntad es presentada no como una facultad secundaria del alma, sino como el núcleo mismo de la personalidad humana. Es en la voluntad donde se toman las decisiones más profundas, donde se define la dirección de la vida y donde se establece, en última instancia, la relación del individuo con Dios. La mente puede comprender verdades, las emociones pueden experimentar sentimientos intensos, pero es la voluntad la que determina si esas verdades serán obedecidas o si esos sentimientos tendrán alguna consecuencia real. Por lo tanto, cualquier intento de transformación espiritual que no alcance la voluntad está destinado a ser superficial y temporal.

Esta idea adquiere aún mayor peso cuando se analiza la condición actual del cristianismo en muchos contextos, donde se observa una tendencia a medir la espiritualidad en términos de experiencias emocionales o conocimiento doctrinal. Sin embargo, el documento confronta esta perspectiva al mostrar que ambos aspectos, aunque importantes, son insuficientes por sí mismos. Una persona puede emocionarse profundamente en un servicio, llorar durante la adoración o sentir una fuerte convicción momentánea, y aun así no experimentar un cambio real si su voluntad no ha sido tocada. De la misma manera, alguien puede conocer ampliamente las Escrituras, manejar conceptos teológicos complejos y participar activamente en actividades ministeriales, y sin embargo seguir viviendo bajo el control de su propia voluntad.

En este punto, resulta sumamente pertinente la reflexión de A. W. Tozer, quien afirmó:
“Dios no busca a hombres con grandes talentos, sino solo a hombres cuya voluntad le pertenezca por completo”

Esta afirmación no solo complementa la enseñanza del documento, sino que la profundiza, ya que señala que el interés principal de Dios no está en lo que el hombre puede hacer, sino en quién gobierna su interior. En otras palabras, el problema central del ser humano no es que tenga alguna falta de capacidad, sino es más su resistencia a rendirse completamente a Dios.

La Escritura refuerza esta verdad de manera contundente en Filipenses 2:13, donde se declara que: *“Dios es quien produce tanto el querer como el hacer por su buena voluntad”*.



Este versículo revela una dimensión aún más profunda de la obra divina, ya que muestra que Dios no solo interviene en las acciones del creyente, sino en su voluntad misma. Es decir, la transformación espiritual no consiste únicamente en cambiar comportamientos, sino en modificar los deseos, las inclinaciones y las decisiones del corazón humano. Esto implica que la verdadera conversión no es simplemente un cambio de dirección externa, sino una renovación interna que afecta el centro mismo del ser.

A partir de esta base, se comenzó a desarrollar una distinción clara entre las tres facultades del alma: la mente, las emociones y la voluntad. Esta clasificación no es meramente teórica, sino que tiene implicaciones prácticas profundas.

- La mente permite al hombre conocer la verdad, discernir entre lo correcto y lo incorrecto, y comprender la voluntad de Dios.
- Las emociones, por su parte, permiten experimentar gozo, tristeza, amor, temor y otras respuestas afectivas. Sin embargo, ninguna de estas facultades tiene el poder de determinar la acción final.
- Es la voluntad la que decide, la que ejecuta, la que lleva al hombre a actuar o a resistirse.

Esta distinción explica por qué muchas personas viven una vida cristiana inconsistente. Pueden conocer lo que deben hacer, incluso sentir el deseo de hacerlo, pero no lo llevan a cabo porque su voluntad no está alineada con Dios. En este sentido, el documento presenta una crítica implícita a una espiritualidad superficial, que se conforma con experiencias momentáneas o con acumulación de conocimiento, sin producir una verdadera rendición del corazón.

Esta rendición, sin embargo, es fácil de explicar y comprender, pero no es un proceso sencillo ya que implica confrontar la raíz misma del problema humano: el “yo”. En este punto, la enseñanza de Dietrich Bonhoeffer aporta una profundidad extraordinaria al afirmar que cuando Cristo llama a un hombre, le invita a venir y morir. Esta muerte es comprendida por muchos como una muerte literal, pero es esencial que se rechace esta idea porque no debe entenderse en un sentido literal, sino espiritual. Es la muerte del ego, de la autosuficiencia, del deseo de gobernarse a sí mismo. Es una renuncia consciente en donde aceptamos negar nuestro derecho a decidir independientemente de Dios.

Jesús mismo expresó esta verdad de manera clara en Lucas 9:23 al declarar que quien quiera seguirle debe negarse a sí mismo, tomar su cruz cada día y seguirle. Esta negación no se limita a renunciar a ciertos hábitos o conductas, sino que implica una entrega total de la voluntad. Significa que el creyente ya no vive para cumplir sus propios deseos, sino para someterse completamente a la voluntad de Dios.

Esta enseñanza tiene implicaciones profundas para el ministerio cristiano. No basta con enseñar verdades bíblicas o generar experiencias espirituales; es necesario guiar a las personas hacia una decisión consciente de rendir su voluntad. En este sentido, cada enseñanza, cada predicación y cada proceso de discipulado debería conducir a una pregunta fundamental: ¿qué decisión estoy dispuesto a tomar delante de Dios? Sin esta dimensión, la enseñanza se queda en el nivel de información y no produce transformación.

Es en este contexto que es importante dejar en claro algunas ideas básicas y desarrollar un poco el concepto del libre albedrío, mostrando que el hombre fue creado con la

capacidad de elegir, esta es la capacidad mental y real que refleja la imagen de Dios en la creación del ser humano en el plan perfecto de Dios, pero que también, lamentablemente, en el plan de Satanás introdujo la posibilidad de rebelión. Dios, en su soberanía, decidió no forzar la obediencia del hombre, sino permitirle escoger quién sería su Señor, bajo qué autoridad y voluntad decidiría vivir su vida. Esta decisión divina revela por un lado, un profundo respeto por la libertad humana, al igual que por otro, establece la base para la responsabilidad moral personal de cada ser humano.

La caída del hombre debe entenderse precisamente como el mal uso de esta libertad. No fue simplemente un acto externo de desobediencia, sino una decisión interna, de voluntad, en la que los primeros dos seres humanos y representantes de la humanidad eligieron apartarse de Dios. Este acto, como algunas decisiones humanas, tuvo consecuencias devastadoras, ya que no solo introdujo el pecado en el mundo, sino que corrompió la naturaleza humana. A partir de ese momento, la voluntad del hombre quedó inclinada hacia el mal, bajo la influencia de la carne y bajo el yugo de la muerte, sin mencionar la separación de nuestro Creador, Rey y Dios Santo.

En este contexto, la enseñanza de Watchman Nee resulta especialmente relevante al afirmar que el mayor enemigo de la vida espiritual no es el pecado externo, sino la vida del alma no quebrantada. Esta afirmación señala que el problema principal no es lo que el hombre hace, sino lo que el hombre es en su interior. Mientras la voluntad no sea transformada, el “yo” sigue gobernando.

Esta realidad tiene implicaciones directas para la vida cristiana y para el ministerio. Muchas veces se intenta corregir conductas sin tratar la raíz del problema. Sin embargo, el documento muestra que el verdadero cambio solo ocurre cuando la voluntad es rendida. Esto implica que el discipulado no debe centrarse únicamente en enseñar normas o principios, sino en confrontar la disposición del corazón.

A partir de esta comprensión, la salvación se presenta como una obra integral que incluye la restauración de la voluntad humana. No se trata solo de perdonar pecados, sino de rescatar al hombre de su independencia y llevarlo a una relación de dependencia voluntaria con Dios. Esto implica un proceso continuo de transformación, en el cual Dios trabaja activamente en la vida del creyente.

Este proceso, sin embargo, no está exento de dificultad. El documento describe cómo Dios utiliza pruebas, sufrimientos y circunstancias adversas para tratar con la voluntad del creyente. Aunque estas experiencias pueden ser dolorosas, tienen un propósito redentor. En este sentido, la afirmación de Charles Spurgeon de que Dios nunca usa a un hombre grandemente hasta que lo hiere profundamente adquiere un significado especial. Esta “herida” no es destructiva, sino formativa; es el medio por el cual Dios elimina la autosuficiencia y produce una dependencia genuina.



El creyente, al pasar por estos procesos, comienza a experimentar una transformación progresiva en su voluntad. Inicialmente, puede obedecer con dificultad, luchando internamente contra sus propios deseos. Sin embargo, con el tiempo, esta obediencia puede convertirse en deleite. Aquí se introduce la distinción entre una voluntad sumisa y una voluntad armoniosa.

La voluntad sumisa obedece porque reconoce la autoridad de Dios, pero aún experimenta resistencia interna. La voluntad armoniosa, en cambio, no solo obedece, sino que se deleita en la voluntad de Dios. Este es el nivel de madurez espiritual al que el creyente está llamado. En este punto, la enseñanza de John Piper resulta iluminadora al afirmar que Dios es más glorificado en nosotros cuando estamos más satisfechos en Él. Esto implica que la transformación no es solo externa, sino interna; no solo afecta las acciones, sino los deseos.

El Salmo 37:4 expresa esta realidad al exhortar a deleitarse en el Señor, prometiendo que Él concederá las peticiones del corazón. Esto no significa que Dios cumplirá cualquier deseo humano, sino que transformará los deseos para que estén alineados con Su voluntad.

A pesar de esta enseñanza, se hace primeramente una advertencia al recalcar que muchos creyentes no alcanzan este nivel debido a una comprensión incorrecta de la rendición. En lugar de ejercer su voluntad en obediencia a Dios, caen en la pasividad. Esta es definida como la inactividad de la voluntad y es presentada como una condición peligrosa.

La pasividad puede parecer espiritual, pero en realidad es una distorsión de la rendición. En este sentido, la enseñanza de Oswald Chambers es clara al afirmar que Dios no nos llama a ser inactivos, sino a actuar bajo Su dirección. Esto significa que la vida cristiana no consiste en dejar de actuar, sino en actuar correctamente, guiados por Dios.

Jesús mismo enseñó la importancia de la vigilancia activa al exhortar a sus discípulos a velar y orar. La palabra “velar” implica atención, conciencia y participación. La pasividad, por lo tanto, es incompatible con la vida espiritual.

Y la segunda advertencia mencionada fue sobre el engaño espiritual, señalando que no todo lo que parece “espiritual” realmente proviene de Dios. En este sentido, la

observación de John MacArthur de que el error más peligroso es el que parece bueno es especialmente relevante. Esto resalta la necesidad de discernimiento en la vida cristiana.

Finalmente, el documento presenta el equilibrio correcto: la vida cristiana es una cooperación entre Dios y el hombre. Dios obra en el creyente, pero el creyente también debe actuar. Esta idea es expresada por J. I. Packer, quien afirma que Dios obra en nosotros, pero espera que nosotros actuemos.

Es claro, por lo tanto, que se presenta una visión profundamente desafiante de la vida cristiana, centrada en la transformación de la voluntad. La verdadera espiritualidad no consiste en sentir más, saber más o hacer más, sino en rendir completamente la voluntad a Dios y aprender a querer únicamente lo que Él quiere. Esta verdad se resume en la oración: “Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.”

A lo largo del desarrollo del presente estudio, se ha podido observar con claridad que la voluntad ocupa un lugar central en la comprensión del ser humano y, de manera particular, en su relación con Dios. Lejos de ser una facultad secundaria, la voluntad se presenta como el núcleo mismo de la vida espiritual, el punto en el cual convergen el conocimiento, las emociones y la acción. Es en la voluntad donde se define si el hombre responderá a Dios en obediencia o persistirá en su independencia. Por esta razón, cualquier aproximación a la vida cristiana que ignore o minimice el papel de la voluntad está destinada a quedarse en un nivel superficial, incapaz de producir una transformación genuina.

En este análisis no solo se expuso esta realidad, sino que se desarrolló de manera profunda, confrontando las tendencias comunes dentro del cristianismo contemporáneo. En muchos contextos, la espiritualidad ha sido reducida a experiencias emocionales intensas o al dominio de conocimientos doctrinales, generando una vida cristiana que puede parecer activa y comprometida, pero que carece de una verdadera rendición interior. Sin embargo, como se ha demostrado a lo largo de este trabajo, ni las emociones ni el conocimiento, por sí mismos, tienen el poder de transformar al ser humano si no afectan directamente la voluntad.

En este sentido, la enseñanza del documento representa un llamado urgente a recuperar una comprensión más profunda y bíblica de la vida espiritual. No se trata simplemente de sentir más profundamente o de conocer más ampliamente, sino de rendir completamente la voluntad a Dios. Esta rendición no es un acto superficial ni momentáneo, sino un proceso continuo que implica la negación del “yo”, la renuncia al control propio y la disposición a someterse plenamente a la voluntad divina.

La reflexión de A. W. Tozer, quien afirmó que Dios busca hombres cuya voluntad le pertenezca por completo, resume de manera precisa el énfasis central de este estudio. Dios no está interesado primordialmente en las capacidades humanas, sino en la disposición del corazón. Esta verdad transforma radicalmente la manera en que se entiende tanto la vida cristiana como el ministerio, ya que desplaza el enfoque desde el hacer hacia el ser, desde la actividad hacia la rendición.

Asimismo, el análisis de la caída del hombre permitió comprender que el problema fundamental de la humanidad no es meramente conductual, sino volitivo. El pecado no solo se manifiesta en acciones externas, sino que tiene su raíz en una voluntad que ha decidido apartarse de Dios. En este contexto, la aportación de Watchman Nee resulta especialmente significativa al señalar que el mayor enemigo de la vida espiritual no es el pecado externo, sino la vida del alma no quebrantada. Esta afirmación pone en evidencia que el verdadero obstáculo para la vida espiritual no se encuentra fuera del hombre, sino dentro de él.

A partir de esta realidad, la salvación puede entenderse como una obra integral que no solo perdona pecados, sino que restaura la voluntad humana. Dios no solo llama al hombre a cambiar su conducta, sino a someter su voluntad, llevándolo a una relación de dependencia voluntaria. Este proceso, como se ha señalado, no es fácil ni inmediato, sino que muchas veces implica atravesar pruebas, sufrimientos y circunstancias que Dios utiliza para quebrantar la autosuficiencia del creyente. En este sentido, la afirmación de Charles Spurgeon acerca de que Dios hiere profundamente antes de usar grandemente

adquiere un significado profundamente formativo, mostrando que el quebrantamiento no es un castigo, sino un medio de transformación.

De igual manera, el estudio permitió identificar diferentes niveles en la relación de la voluntad con Dios, destacando el paso de una voluntad simplemente sumisa a una voluntad armoniosa. Este último nivel representa la madurez espiritual, donde el creyente no solo obedece, sino que se deleita en la voluntad divina. La enseñanza de John Piper, quien afirma que Dios es más glorificado cuando el creyente está satisfecho en Él, refuerza esta idea al mostrar que la transformación no solo afecta las acciones, sino también los deseos más profundos del corazón.

Por otro lado, y en tercer lugar, y de manera más profunda se advierte sobre uno de los peligros más sutiles en la vida cristiana: la pasividad espiritual. Esta condición, que es fácilmente confundida con rendición, representa en realidad una distorsión de la misma. Como se ha analizado, la vida cristiana no consiste en dejar de actuar, sino en actuar bajo la dirección de Dios. La observación de Oswald Chambers en este sentido es clave, al recordar que Dios no llama a la inactividad, sino a una participación consciente y activa. Esta verdad es especialmente relevante en el contexto ministerial, donde la pasividad puede llevar a la falta de crecimiento, al estancamiento espiritual y a la vulnerabilidad frente al engaño.

En relación con esto, también se destacó la importancia del discernimiento espiritual, especialmente frente a aquellas prácticas o actitudes que, aunque parecen espirituales, pueden no provenir de Dios. La advertencia de John MacArthur acerca de que el error más peligroso es el que parece bueno subraya la necesidad de una vida espiritual fundamentada no solo en apariencias, sino en una comprensión profunda de la voluntad de Dios.

Finalmente, el estudio permitió establecer un equilibrio esencial en la vida cristiana: la relación entre la obra de Dios y la responsabilidad humana. Lejos de ser una experiencia pasiva o completamente autónoma, la vida espiritual se presenta como una cooperación entre Dios y el creyente. Como bien lo expresa J. I. Packer, Dios obra en el hombre, pero espera que este también actúe. Este principio tiene implicaciones profundas tanto para

la vida personal como para el ministerio, ya que resalta la necesidad de una participación activa en el proceso de crecimiento espiritual.

Desde una perspectiva ministerial, todas estas verdades conducen a una conclusión ineludible: el propósito del ministerio no debe centrarse únicamente en informar, motivar o involucrar a las personas en actividades, sino en guiarlas hacia una rendición real de su voluntad a Dios. La enseñanza, el discipulado y la consejería deben orientarse hacia la transformación del corazón, ayudando a los creyentes a confrontar su propia voluntad y a someterla al señorío de Cristo.

En última instancia, el mensaje central de este estudio puede sintetizarse en una verdad que atraviesa toda la vida cristiana: la verdadera espiritualidad no consiste en sentir más, saber más o hacer más, sino en rendir completamente la voluntad a Dios y aprender a querer únicamente lo que Él quiere. Esta afirmación no solo resume el contenido del documento analizado, sino que también establece el estándar al cual todo creyente está llamado.

Esta verdad encuentra su expresión más clara en la oración enseñada por Jesús: “Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.” Esta no es simplemente una petición, sino una declaración de entrega total, un reconocimiento de que el propósito supremo de la vida no es cumplir los propios deseos, sino alinearse completamente con la voluntad de Dios.

De esta manera, se puede concluir que el verdadero centro de la vida cristiana no se encuentra en las acciones visibles ni en las experiencias emocionales, sino en la transformación profunda de la voluntad. Es allí donde se define la autenticidad de la fe, la profundidad de la relación con Dios y la eficacia del ministerio. Por lo tanto, el llamado final de este estudio no es únicamente a comprender estas verdades, sino a vivirlas, permitiendo que Dios no solo dirija las acciones, sino que transforme completamente la voluntad del corazón humano.